

La breve y fecunda vida de Alberto Abello Vives

LA TEMPRANA partida del reino de este mundo de Alberto Abello Vives (“compañero del alma, tan temprano”) constituye, pese al lugar común, una pérdida irreparable para el Caribe colombiano. Si en nuestros días, tras años de marginación y desprecio centralistas, la costa Caribe se ha encumbrado como la región del país que más se conoce a sí misma —en su historia, su geografía, su cultura, su rezago económico, su inequidad, sus costumbres, sus artes y sus letras, su música y su cocina—, mucho de eso se debe, en gran medida, a la labor perseverante de Alberto Abello en los diversos cargos que ejerció a lo largo de su fecunda vida laboral, desde la dirección del Observatorio del Caribe y de la Biblioteca Luis Ángel Arango, pasando por la Universidad Tecnológica de Bolívar y sus innumerables asesorías, inspirado, sin duda, en la certeza de que “solo el conocimiento de nosotros mismos nos hace libres” y en el ejemplo de la vida y la obra de Gabriel García Márquez. Claro está que una cosa es el conocimiento de nuestros estudiosos y otra la incompetencia de una clase dirigente alérgica al mismo y que busca siempre acrecentar sus arcas insaciables.

Crítico permanente de la realidad con miras a transformarla, en Alberto se aliaban tres rasgos que casi nunca coinciden en el intelectual contemporáneo: el pensamiento, la acción y la escritura. De esa manera, no solo poseía una mirada lúcida y veloz para diagnosticar problemas o situaciones anómalas, sino la capacidad para diseñar estrategias que garantizaran el hallazgo de soluciones. En esa tónica operó el Observatorio del Caribe Colombiano simbolizado por el ojo omnisciente de Grau, y con él sus programas, la Cátedra del Caribe, las pasantías de los economistas jóvenes, las discusiones sobre el estado de las capitales caribeñas, los encuentros de investigadores, las Becas Héctor Rojas Herazo, el programa Leer el Caribe y la revista *Aguaita*, encargada de la difusión del conocimiento. A lo anterior es preciso agregar el don de Alberto para trascender mediante la escritura agradable, diáfana y profunda, sin los ladrillos de sopor de los artículos científicos —pero sí con su rigor—, un lastre al parecer consustancial a los académicos del Caribe, lo que Eduardo Posada denominó “el imperio de la charlatanería”, es decir, la tendencia a la oralidad estéril que no sale de la intimidad del salón de clase o de la mesa pública repleta de cervezas.

Como los caribes originales, Alberto fue un gran viajero por diversas partes del mundo, pero en particular por el Gran Caribe. No obstante, su mayor ilusión fue truncada por el infarto bárbaro que segó su vida; no

pudo cumplir el sueño acariciado por años y para el que tenía listos los pasajes: el viaje a Petra, Jordania, la ciudad esculpida sobre la piedra, en el que estrenaría el pasaporte italiano al que lo hicieron merecedor sus antepasados De Andreis, el cual tenía listo para cuando el retroceso a la caverna medieval y a la monotonía de un paisaje poblado de palmas africanas y motosierras aceitadas, hacia los cuales parece orientarse el país, imposibilitaran el ejercicio del pensamiento libre y democrático.

Aunque se graduó de economista, tras abandonar la carrera de arquitectura, su vida estuvo orientada por un alto sentido de la estética. Amante de la vida vivida con calidad y belleza, siempre cuidadoso de la elegancia en el vestir, tanto en el aire lluvioso y biselado de Bogotá como en el aire húmedo y deportivo del Caribe, Alberto fue un sibarita samario que con frecuencia rompía las formalidades irrumpiendo en las reuniones con su risa de niño terrible como un antídoto contra la tristeza y la solemnidad. Ávido de saber, fue así mismo un lector incansable y riguroso de diversos temas —economía, historia, geografía, medio ambiente, ciudad, región, empresas, empresarios, cultura, artes plásticas, música y literatura—, en especial los relacionados con el Caribe colombiano y el Gran Caribe y sus raíces múltiples o, para emplear una metáfora que le encantaba, la unidad heterogénea de los rizomas. Solo últimamente se dio un respiro en el rigor, absorbido por las series impostergables de Netflix que lo blindaban contra la depresión diaria de los tendenciosos noticieros televisivos nacionales.

Alberto sabía de artes plásticas como ninguno y su apartamento era una galería de cuadros que invitaban eternamente a la vida: el vértigo de rosas de mar de Bibiana Vélez; las dramáticas cercas de Cristo Hoyos y sus fúnebres arreglos florales en los que la violencia incesante que se cierne sobre la tierra no excluye la mirada en busca de un atisbo de esperanza; obras de Dalmiro Lora y Alfredo Guerrero, Cecilia Porras y Hernando “Momo” del Villar; los primitivistas Marcial Alegría y Chando Yances; las tejedoras de sueños de Mampuján, las esculturas de Teresa Sánchez y Enrique Grau. Amante de la cocina, solía atender a sus invitados con platos que él mismo preparaba (las golosas pastas, el cayeye Sierra Nevada, el enyucado tibio vestido de helado junto a una pasta de mango de Santa Marta que solo él sabía donde conseguirla), mientras desplegaba al fondo su envidiable colección de música universal. El día que en su apartamento se le concedió por la mediación de Weidler Guerra el bastón de palabrero wayuu a Gabriel García Márquez, sorprendió a los invitados con la presencia del acordeonero Julio Rojas y el cantautor Adolfo Pacheco.

Un aspecto admirable de su vida fue la dedicación de tiempo completo, cuando sus padres murieron, al cuidado de su hermano José Francisco —con síndrome de Down—, cuyas facultades supo llevar a la plenitud de su desarrollo hasta el punto de que cada madrugada leía los periódicos, subrayaba lo que consideraba importante y lo comentaba con gran sentido crítico, e incluso escribió un libro de poemas, se convirtió en pintor y profesor de

pintura, y expuso sus cuadros en Cartagena y París.

Maestro de energías, Alberto procedía de la misma manera con sus mejores amigos, de cuya producción vivía atento, al tiempo que estimulaba nuevos y exigentes compromisos, al extremo de cambiar la rutina de mucha gente —tal como hizo con su hermano— para llevar al nivel máximo el desarrollo de sus facultades. Testimonio de esto pueden dar Weidler Guerra, Cristo Hoyos, María Matilde Rodríguez, Jorge García Usta, Rómulo Bustos, Francisco Avella, María Trillos, Patricia Iriarte, Luis Sánchez Bonett y los numerosos pasantes que se iniciaron en el Observatorio del Caribe, como Aarón Espinosa y Daniel Toro, entre muchos otros; además de los puentes de afecto que tendió para el encuentro entre caribeños que deambulaban por sendas similares sin dialogar entre sí, como el escritor Roberto Burgos Cantor y el historiador Sergio Paolo Solano, quienes pudieron así compartir su erudición solitaria sobre los oficios y las artesanías en la Cartagena de Indias y Mulatas durante el Régimen del Terror del Pacificador Morillo, en la que el autor de *La ceiba de la memoria* andaba embarcado con miras a una novela que quedó trunca para siempre por otra broma macabra de los dioses.

La vida de los grandes hombres —debió decirlo Nietzsche— es un continuo maltrato de animales, y no fue fácil para Alberto adelantar esa aventura fervorosa del conocimiento del Caribe sin tropezarse con palos paralizadores en la rueda (las zancadillas mezquinas y las nada secretas envidias de quienes se creen dueños del saber) que lo fueron minando, dada su fina y aguda sensibilidad, hasta su deceso el pasado 14 de abril a las seis de la tarde en la capital, en una clínica donde lo atendieron tres horas después de haber ingresado, tras sentir un malestar al final de un almuerzo con amigos en su apartamento. La pasión con la que asumía sus proyectos, afianzados en sus convicciones, en ocasiones lo condujo a cierta impaciencia (o intolerancia) con quienes se apartaban del rigor y la eficacia que exigía, o con quienes incurrían en la mediocridad y la ordinariéz, lo que generó áridos resquemores y energías negativas en quienes se sintieron afectados y aguardaban ladinos la oportunidad de propinarle una puñalada traperera: casos infames se vieron de rencorosas retaliaciones.

Queda para sus amigos el consuelo de sus 61 años y once meses bien vividos (cumpliría sus primeros 62, el 22 de mayo). Queda el legado de su tesón, su persistencia, su estímulo permanente y su afirmación ante toda penuria. Queda en carne viva la conciencia dura de nuestra condición de simples transeúntes que en este instante podemos estar, pero expuestos a desaparecer en el segundo siguiente con nuestros sueños y afectos aplazados y la infinita riqueza abandonada del mundo.

Ariel Castillo Mier